

LÉXICO Y TRADICIONES POPULARES¹

José M. Vilar Pacheco²

0. Presentación

Quisiera antes que nada saludar especialmente a dos *bezanos*; en primer lugar, a Julián Sánchez Villalba, quien a través de diversos artículos periodísticos (1993-2003) nos ha dado a conocer costumbres y tradiciones de la Sierra, o *aconteceres* (como los llama él), para que no caigan en el olvido; así como algunas palabras locales, y testimonio gráfico (ilustraciones y fotografías) relacionados con ellas; de entre estos materiales tienen para mí un valor especial los dedicados a los trabajos y actividades de la resina que tuvieron importancia en las últimas décadas en estos parajes. En su segundo lugar, a Emilia Tarín García, que a través de la Red y en su *palabrario bezano* recoge algunas de las voces empleadas en esta localidad. Por último también quisiera felicitar a quienes impulsaron la página electrónica dedicada a esta localidad hace ya unos años, por ser una de las pioneras en recoger y divulgar tradiciones de la Sierra con una calidad gráfica, modélica entonces.

El objeto de mi aportación a estas jornadas es mostrar el valor cultural del habla de las gentes de la Sierra, es decir, de sus palabras, y de cómo éstas han dado y dan cuenta de las tradiciones de la comunidad y de la idiosincrasia cultural de sus hablantes. Por eso creo que podríamos haber titulado nuestra exposición: *las palabras como reflejo (y huella) cultural y patrimonial de la comunidad*; porque las palabras no solo transmiten simplemente un significado, el de la realidad que nombran o distinguen, sino que encierran tras ellas y transmiten todo un valor y visión cultural.

La revista española más antigua dedicada a la antropología social y cultural lleva precisamente por título *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, por la relación que existe entre el vocabulario y las tradiciones populares, por lo ligadas que quedan sus andaduras. Fundada en 1944 y dirigida en sus orígenes por el lingüista y dialectólogo V. García de Diego, y más tarde por el antropólogo J. Caro Baroja, dedicó en sus primeras décadas numerosos artículos tanto a la cultura material como a la

¹ Esta comunicación está basada parcialmente en nuestro estudio *Léxico y cultura popular de la Sierra de Albarracín* (CECAL, 2008). Hemos optado por prescindir de las credenciales bibliográficas correspondientes para aligerar en la medida de lo posible el presente texto.

² Miembro del CECAL. Doctor en Filología.

literatura oral y los estudios dialectales, fundamentalmente de carácter léxico, muchas veces basados en el método ya centenario de *palabras y cosas*, atendiendo a la cultura popular relacionada con los campos léxicos estudiados. V. García de Diego, en su artículo «Tradición popular o folklore», apuntaba que se interesan *por todo el rico caudal que los folkloristas comprenden en la denominación de cultura popular, nombres y cosas, palabras y cultura o de etnografía*, y de ahí que acojan no solo estudios sobre el lenguaje popular sino también sobre el lenguaje como signo de las cosas: experiencia, saberes, ideas, creencias, concepciones, ideología... (*apud* P. García Mouton). A modo de ejemplo cabe destacar el trabajo modélico de Dámaso Alonso, filólogo y poeta de la generación del 27, sobre los nombres y creencias del saúco en Galicia y Asturias. Más adelante incluiría esta revista trabajos como el dedicado a la cultura del pino y el léxico de los pinares en Cuellar (Segovia), que es también zona resinera como Bezas, o los relativos a los nombres de los vientos, del escaramujo o del arco iris en la geografía peninsular, teniendo siempre presente la tradición y cultura popular en torno a estas realidades.

1. Las voces tradicionales y patrimoniales y otras manifestaciones lingüísticas: su valor cultural

El léxico, aunque es el nivel más inestable de las lenguas, es el que ofrece con mayor claridad la dimensión cultural de cada comunidad. Cualquier término, al ser empleado, no solo marca un significado, sino que representa a unos usuarios y señala unos estilos (y una situación comunicativa); hay tras él un mundo individual y social, una historia, y casi siempre un propósito (A. Briz, 1998); así como una serie de valores emotivos y afectivos y un sinfín de sugerencias. Porque, como recuerdan H. Calsamiglia y A. Tusón (en *Las cosas del decir*, 1999), las palabras «sirven para nombrar aquello que se considera parte del conjunto de valores, creencias, objetos, actividades y personas que configuran una cultura; de ahí que puedan ser indicadoras de características socioculturales de los participantes...».

De ahí el carácter cultural que encierran las palabras, el léxico de una comunidad, así como determinados usos, expresiones y manifestaciones lingüísticas de la misma. Y parte de ese léxico tradicional, popular y patrimonial, tiende a desaparecer, sino no lo ha hecho ya irremediablemente. Como señala R. Lapesa (1992), no solo se pierde CON ÉL un patrimonio «rico en términos referentes a flora, fauna, suelo, ganadería, labranza, tracción e industrias tradicionales, sino en palabras de noble solera correspondientes a otros aspectos de la vida». Palabras viejas y casi en desuso, pero

con solera. Ya en este sentido V. García de Diego (1963) subrayaba que «en el habla popular no todo es plebeyo, sino q hay voces de abolengo que fueron de reyes o de los más altos documentos». Pero son también las palabras, como afirma F. Calvo Serraller (2004), «el lecho donde se cobijan nuestros recuerdos, nuestra identidad social e íntima. Las palabras que mueren fueron en su día habitadas por la resplandeciente luz de su uso, reflejo de la vida».

Por todo ello consideraremos palabras patrimoniales no solo aquellas más específicas y diferenciales de la Sierra sino todas aquellas que están cargadas de vivencias para la gente de la Sierra, son y han sido memoria de su identidad social e histórica, aunque las compartan o hayan compartido con el mundo rural hispano en general. Asimismo, como ya dijimos antes, forman parte de su patrimonio determinados usos lingüísticos y creaciones verbales a las que cabría añadir la onomástica popular (gentilicios populares y seudónimos o apodos) y la toponimia, es decir, los nombres de lugar que han ido perdiéndose y son asimismo considerados como parte del patrimonio verbal de la comunidad. Pero tengamos en cuenta que las palabras, los usos lingüísticos y las manifestaciones y creaciones verbales, son organismos, seres vivos, que nacen con mayor o menor alcurnia (unas en chozas y otras en palacios, utilizando una imagen que J. Zorrilla emplea en su *Don Juan Tenorio*), viven con mejor o peor fortuna y con un ciclo vital muy variable, y tarde o temprano envejecen y también mueren con mayor o menor gloria; o como diría el escritor Bernardo Atxaga: *debería decir callando*.

También es cierto que algunas palabras reviven o resucitan, como el caso de *arroba*, convertidas hoy la voz y su abreviatura (@) en emblemas del universo cibernético y digital. La palabra, según el diccionario de R. Andolz, designaba en Teruel la medida de 13, 212 kgs., mientras que fuera de Aragón ha designado el peso equivalente a 11,502 kgs. (DRAE). Alguien ha propuesto no hace mucho su sustitución por *caragol* (*caracol*); propuesta que nos recuerda la ya tan comentada de *miembra* como femenino de *miembro*; la lengua y sus palabras acaban siendo en definitiva moldeadas por sus hablantes y usuarios espontáneamente, sin imposición alguna. También se salvan del olvido las palabras y los nombres de lugar reutilizados o reciclados como nombres otorgados a asociaciones, empresas, locales comerciales, revistas o como puro reclamo turístico: *Borrocal*, *Cadoncho*, *Caimodorro*, *Colocha*, *Maita*, *Rehalda* o *Realda*, *Sabinote* o *Sierro*.

Pero veamos ya, y tan solo a modo de ejemplo, algunas de esas voces o palabras representativas del patrimonio lingüístico-oral de la Sierra y de sus manifestaciones y usos verbales.

Empecemos por *ablentapastores* (nombre dado en la Sierra al azafrán silvestre que brota al final del verano en los prados; COLCHICUM AUTUMNALE). La gente del campo ha relacionado el brote de esta especie con el calendario natural: la coincidencia con la llegada del otoño y la marcha de pastores y ganados al Sur: de ahí esta forma, así como las de *ahuyentapastores*, *despidepastores* o *espantapastores* (que encontramos asimismo en otras zonas peninsulares). A estas formas se unieron en época reciente, y adaptadas a las nuevas costumbres y fenómenos, las de *despideveraneantes* o *espantaturistas*, precisamente en las localidades más turísticas de la Sierra, Bronchales y Orihuela. Estas formas, además de una gran plasticidad significativa, nos muestran la forma de percibir y designar el mundo natural en el que han vivido las gentes del campo, y por tanto de su perspectiva cultural.

Referida a la arquitectura tradicional la palabra *arbolón* (y sus variante *argollón*) como nombre dado a la gatera (es decir, al agujero que en las puertas de casas y corrales facilitaba el tránsito de gatos y gallinas) tiene en la Sierra un significado mucho más preciso que en castellano, y es por tanto palabra específica de la misma con este sentido. La realidad designada es todo un símbolo de la arquitectura rural que tiende a desaparecer junto a la palabra que la nombra.

Al ámbito forestal, y en concreto al de la extracción de la resina practicada a los pinos rodenos o resineros, que tuvo su auge en Bezas y Albarracín hace años, hay palabras cargadas de memoria, aunque sea ésta más reciente y no muy lejana, como: *barrasco* ('herramienta empleada en la resinación para limpiar la corteza del pino y permitir su sangrado'. Por extensión, se utiliza también este término para referirse a la actividad llevada a cabo con esta herramienta sobre el pino resinero. Y también *derroñar*. ('quitar la primera corteza de la cara del pino que va a ser resinado para que pueda ser sangrado'). Son palabras que se han empleado en otras zonas resineras y andas cargadas de vivencias y de memoria.

Hubo -hace ya décadas- un olor característico en muchas de nuestras localidades, el del *ciemo* o estiércol que acumulado en *muladares* o *estercoleros* era aprovechado como abono para el campo.

En cuanto a fenómenos y aspectos atmosféricos hay palabras que encierran y acarrear creencias y saberes populares, como la de (*cielo*) *entarañado* dada al cielo con nubes blancas y redondeadas, y al que se llama también con diversas formas de idéntica índole metafórica como *emborregado*, *aborregao*, *encapotado*, *enmarañado* o

enmarañado y *envellonado*; esta apariencia del cielo le ha servido a la gente del campo como aviso o predicción del tiempo que se avecina, lo que barruntan este tipo de nubes: *cielo emborregado, a los tres días mojado*; o *cielo a borreguicos, agua a capacicos*; otras expresiones relacionadas con las nubes y el tiempo que anuncian: *vaca esollá, a los tres días remojá* (se dice de las nubes rojas que anuncian lluvia); *cielo panza-burra* ('de color morado', que presagia lluvia o nieve).

En cuanto al mundo de los animales, quisiera referirme a los nombres de la comadreja y al de la mariquita. La palabra *paniquesa* (y su variante *paniqueso*) para referirse a la comadreja (*MUSTELA VULGARIS*) es característica de Aragón y está compuesta, como salta a la vista o al oído, de *pan* y *queso*. Sobre el origen de esta designación, se podría sospechar, como señala G. Rohlf (1979), que una rima infantil o una fórmula de conjuro sea el motivo de la misma, dadas las creencias populares sobre este animal considerado dañino. Una forma de conjurar este peligro era colocar algo de queso y pan en las puertas, acompañando este conjuro con algún cantarillo. Es decir, de nuevo las palabras patrimoniales y sus motivaciones populares, la cultura tradicional que encierran. Son creencias y designaciones que encontramos en otras zonas de hablas románicas. Algunos nombres de animal se pueden aclarar gracias a canciones primitivas que en cualquier lugar cantaban los niños cuando jugaban con estos: así el nombre de la mariquita (*COCCINELLA SEPTEMPUNCTATA*) recogido en parte de la Sierra: *sanantona* (derivada de *San Antón*), nombre además vinculado a lo religioso. Hay asociado a este término y realidad una rica cultura popular y tradicional en forma de canciones (y creencias) que aluden a este animal. Registramos en la Sierra la de:

Sanantona, tona
vete al campo,
tráeme un manto,
¿de qué color?
de la casullica
de nuestro señor;

o la de «mariposica vete al campo / tráeme un manto / ¿de qué color? / del manto de nuestro señor». Así como el cantarillo infantil registrado en Masegoso hace bastantes años (y en el que volvemos a encontrar personificado a este animalito):

Mariposa, vete al campo
y tráeme un manto
de color de cal y canto

El léxico y la cultura pastoril, tan ricos en esta comarca, necesitarían un estudio aparte, o unas jornadas específicas, como las celebradas en Guadalaviar desde hace unos años. Hay saberes y conocimientos de nuestros pastores que aparecen tal cual en el *Tesoro de la lengua española*, de Sebastián de Covarrubias (1611); detrás de estas palabras hay, pues, toda una cultura ancestral y universal, que en cada espacio geográfico de tiñe de variantes locales. Sin embargo, anotemos al menos estas dos: *enrabortar* ('rabortar, cortar el rabo a los corderos y cabras; sobre todo, a las hembras que se dejan para vida o cría con el fin de facilitar que las cubra el macho; asimismo, por higiene'). La palabra representa además toda una serie de saberes, costumbres y técnicas sobre este corte. Era costumbre hacerlo en el mes de marzo, aunque ahora se hace en otro momento de la primavera o del otoño. Ciertas supersticiones alentaban el corte del rabo en el mes de marzo o poco antes de este mes porque se creía que sangraban menos debido al influjo de la fase lunar, que permitía curar mejor las heridas; Tradicionalmente se hacía el primer viernes de marzo. Para que no sangren, la mejor forma es cortarlo a mano. Se sujeta al cordero entre las piernas y se le retuerce el rabo buscándoles la *coyuntura* ('la articulación o trabazón movable de un hueso con otro', DRAE). Ahora se emplea también una máquina para hacerles el corte. Después del raboteo, suelen cocinarse y comerse los rabos (es carne de animal vivo que suele guisarse con arroz, patatas o tomate). Dice el refranero popular que «si dejas uno para mardano, rabótalo en marzo»; o bien «marzo, marzueco: ¡Déjame uno, para morueco! – Te lo dejaré, pero te lo rabortaré». Otro término pastoril al que quisiéramos referirnos es *embadajar* ('introducir el badajo en la anilla interior del cencerro para que quede sujeto a ésta'. Su técnica es una buena muestra de cultura tradicional y ancestral, una habilidad que los pastores han heredado de sus antepasados.

Términos patrimoniales son también algunos de los referidos a las características geológicas del terreno: *celada*, *hoyón*, *borrocal* o *cantarral* para designar las depresiones cársticas y las acumulaciones de rocas cuarcíticas (términos conservados en algunos nombres de lugar serranos); hoy las guías turísticas llaman a estas formaciones *dolinas* y *ríos de piedras* por influjo del lenguaje técnico de la geología.

En cuanto a la botánica podríamos señalar los términos *escalambrujo* ('rosal silvestre'), o *almuérdago* y *muérdago*, especies que han sido empleadas como remedio curativo popular o como alimento para el ganado. Y es inevitable referirse asimismo al *sabuco* o saúco: palabra cargada de magia que remite a la medicina y a las creencias de carácter popular. La flor del *sabuco* se recoge en la madrugada de la

festividad de San Pedro o de San Juan y es empleada como remedio curativo (*cuando tira la flor, cuando se seca, cocida es buena para el constipado; aquello es el ángel en el cuerpo*, según nos cuenta algún serrano, y nosotros hemos comprobado al resfriarnos); sin embargo, un pastor del Villar, al contarme cómo su madre recogía la flor de este árbol el día de San Juan antes de que saliera el sol para hacer bálsamo, comentaba con cierto recelo que aquello eran *falorias* (palabra, por cierto, aragonesa y catalana para referirse a las patrañas, cuentos o romances).

Cabría añadir a esta relación de ejemplos otros términos tan patrimoniales como *aladro* (y los nombres de sus diferentes partes: *esteva, timón, pezcuña, barrón o reja*), *alboroque* o *aliara, amugas, armuelles, atresnalar, hornacha, lañador, majano, ñudo, talega, tarangallo, tarja, vencejo* o *yubo*. O las palabras referidas al matacerdo y a tantas otras actividades tradicionales.

Como signos de esta comunidad rural y de su generación mayor aparecen los arcaísmos y las voces en desuso. Los hablantes mayores de la Sierra o de otras comunidades rurales no muestran estas voces como un deber revolucionario —frente a las innovaciones del sistema—, como defienden los firmantes del *Manifiesto de la Comuna de Zamora* en 1987 (entre ellos, el aún inquieto y rebelde catedrático de lenguas clásicas Agustín García Calvo). Así, los usos léxicos y gramaticales tradicionales, como *cuasi* y *agora, céspede, hogaño, habemos, vide* o *trujo*, se convierten en formas llenas de frescura, expresiones realmente *revolucionarias*. En las comunidades rurales es más notable el contraste entre lo nuevo y lo viejo; así, por ejemplo, a un hablante mayor es fácil escuchar en su trato con el ganado expresiones como *¡mecaguen la osma, los ovejos estos!* Mientras que algunas chicas de las oficinas de turismo repiten a los turistas como una letanía de libro de estilo expresiones del tipo: *este paraje es chulo, chulísimo* o *una pasada*.

A la creación de tipo coloquial responde el empleo de determinados sufijos, eso sí, condicionado este empleo en la Sierra por rasgos dialectales y sociolectales; valgan como muestra los siguientes ejemplos en los que se aprecia cómo los hablantes no solo matizan, a través de la sufijación, el tamaño de la realidad a la que se refieren, sino sobre todo expresan el grado de afecto o ternura, ironía o desprecio hacia lo que nombran. Son recursos que dotan al habla de la comunidad de valores tradicionales y de identidad propia. Empecemos por los sufijos diminutivos *-ico* (de gran vitalidad en la Sierra): *estrellica, gallico, inutilico* o *recetita*; y *-ete*: *corderote, paidereta, pinochote, puntalete*... Junto a ellos encontramos asimismo otro tipo de sufijos de gran vitalidad en el habla serrana, como *-aco* (*hielaco, montonaco, rebañaco, zorraca* o *negociaco*;

este último referido al servicio municipal de grúa en Teruel: «vaya *negociaco* tienen montado»); -azo (*añazo* -de hierba-, *escarchazos*, *hisopazo*, *jaleazo*, *ventiscazo*); -ote (*corralote*, *charcote*, *muchachote* o *muchachota*, *tejadote*); o -ucho (*cartucha* –«total, para llevar dos *cartuchas*» ‘cartas postales’; *granizuchos*, *pajarucho*).

Añadamos también determinadas construcciones fraseológicas, metáforas expresivas, y otras formas afines: *vestirse los árboles en primavera*; *llorar o sangrar los pinos rodenos al ser resinados* o la *estar el cielo más raso que el culo de un choto* (dichos y comparaciones de una plasticidad transparente y, a veces, hasta poética); *escarcha peluda, al tercer día muda*; *vete a hacer cocios a Gea*; *eres más frío que el barranco del tío Peluco*; *¡más lobos que estrellas!* Al patrimonio oral de la comunidad pertenecen asimismo los zoónimos o nombres propios dados a los animales o al ganado (perros, gatos, gallinas, ovejas, cabras, vacas...), así como las palabras empleadas para llamar a estos animales (*chiva*, *titas*, *güesque*, *rrría*) o los utilizados para conducir o guiar al ganado (que van desde la blasfemia al grito ritual y todo tipo de sonidos).

Además de las palabras o expresiones vistas en los ejemplos anteriores forman parte también del patrimonio oral de la Sierra y de su comunidad manifestaciones verbales que bajo distintas formas (dichos, coplas, canciones, mayos, romances o las leyendas, de las que nos hablará en estas jornadas el profesor Francisco Lázaro Polo) han asumido los hablantes como parte de su cultura. Así la copla de Guadalaviar:

tres días hay en el año
que relucen más que el sol:
la matanza, la fritanza
y el día del *hartajón*.

Obsérvese en la siguiente versión recogida por nosotros en El Vallecillo la aparición incluso de algún rasgo de la variedad geográfica y sociolectal:

[...]
y esos son tus diez dedos
y tus *bobanillas*,
en ellos sostienen
las diez maravillas
(...)
y esa es tu cintura

tan *redelgada*,
 parece un junco
 criado en el agua
 [...]

Aunque de tradición menos longeva, apuntemos asimismo las *aleluyas* que los quintos de Bronchales dejan escritas en la entrada u *honsal* de la iglesia:

Los pueblos abocan a su desaparición
 porque no tienen jóvenes
 para un pueblo que tiene juventud
 nos quieren quitar las tradiciones
 las aleluyas las ponemos
 donde nos dijeron las antiguas generaciones.

Por último uno de los dictados tópicos o coplas más conocidos y recogido en diversas localidades:

Judíos los de Noguera,
 moricos los del Villar,
 tiraron a Jesucristo
 al pozo del Rebollar,
 cristianicos los de Griegos
 que lo fueron a sacar.

2. La onomástica: otra huella patrimonial

En primer lugar los gentilicios populares con el que se ha denominado tradicionalmente a los naturales de cada localidad. Tras ellos siempre hay algún chascarrillo o relato que explica dichas denominaciones; relatos muchas veces similares a los que se encuentran en otras zonas peninsulares para explicar similares gentilicios. Pongamos a modo de ejemplo los de *lentejeros*, *arroceros*, *cabezones* o *cabezudos*, *cucharetos*, *los de la mielga* o *los de las brujas*, seudónimos populares con los que se llama respectivamente a los nacidos en Ródenas, Torres, Bronchales, Royuela, Monterde y Jabaloyas.

En segundo lugar los apodos o motes con que se bautiza a los individuos y a las familias en cada localidad: los *Jabalines*, los *Cabrericos*, *Foliquete*, las *Mayoralas*, las *Herrerias*, *el Mariposero*, *el Conejo* o *el Pocholo* (recordemos que el apelativo

pocholo, *pochón* o *pocholico* se aplica generalmente en Aragón al ‘niño pequeño gordito y bonito’).

Y sobre todo la toponimia, los nombres de lugar (los que reciben y han recibido elevaciones y depresiones del terreno, fuentes y manantiales, arroyos y cursos de agua, caminos, parajes): *Juan Fría*, *Juanlabrada* o *Fuen Labrada*, *Peña la Abeja* o los *Uslates* u *Hostales* repartidos a lo largo de la Sierra. La toponimia es claro exponente de la cultura de los pueblos y patrimonio de la comunidad (que se pierde por diversas razones, entre ellas el abandono de los campos, y del trabajo en el mismo). Tras cada topónimo hay una vivencia individual y personal, y también colectiva; incluso algunos cuentan con alguna leyenda popular que intenta explicar el sentido o motivo del mismo: por ejemplo, el Fraile y la Monja (Bronchales), la Fuente Mentirosa (en Frías) o el Salto de Pero Gil (entre Tramacastilla y el Villar). Mucho hay que hacer en cuanto a la recolección de los topónimos tradicionales; y aquí es necesaria la colaboración de historiadores, geógrafos, etnólogos o naturalistas, ya que se trata de una disciplina interdisciplinar y compleja.

3. Los registros y estudios de carácter lingüístico en la Sierra de Albarracín: breve panorámica

En primer lugar quisiéramos destacar el que fue el primer estudio lingüístico sobre el léxico de la Sierra, trabajo becado por el Instituto de Estudios Turolenses que ha quedado lamentablemente inédito; Ana C. Buñola analiza en este estudio (1992) el léxico de Albarracín. Este nivel lingüístico es el que ofrece mayor interés y corresponde en general, según la autora, al del castellano rústico. De las 3.200 voces registradas se estudian concretamente 800, de las que sólo el 26 % corresponden a una desviación de la norma y ofrecen alguna peculiaridad. A este estudio le sigue nuestra aportación *Léxico y cultura popular de la Sierra de Albarracín* (2008), un trabajo abierto y que seguimos revisando y ampliando.

Contamos con las voces registradas en diccionarios generales como el de R. Andolz (voces relativas a Albarracín en su *Diccionario Aragonés*, 1977) y las registradas en los atlas lingüísticos que llevaron a cabo encuestas en la Sierra: el ALPI (*Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*) que refleja el léxico registrado antes de la guerra civil; la Sierra estuvo representada por la localidad de Bronchales (encuestada en 1935 por M. Sanchis Guarnier y L. Rodríguez Castellano); el ALEANR (*Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja*; 1979, los primeros tomos) hizo encuestas en Noguera y Masegoso en la década de los sesenta; las mismas las llevaron a cabo A. Llorente y M. Alvar. Hay que destacar de este último, como refleja su nombre, el carácter no solo lingüístico sino también etnográfico: interesan

primordialmente las palabras pero también los objetos, las creencias y saberes sobre los mismos; asimismo añade una colección ejemplar de láminas y dibujos realizados por Julio Alvar y otro material gráfico.

Menos ambiciosos, no por ello faltos de valor, son los registros que señalamos seguidamente. Manolo González Alamán ('Foly') ha recogido algunos términos pastoriles (1993), un registro editado antes en la revista *Mayumea* (1986 y 1987). En sus poemas utiliza este autor, con la naturalidad que corresponde a quien las ha vivido realmente, algunas voces dialectales y locales de interés (1996). Un registro importante es el llevado a cabo por A. Fornes y J. L. Aspas (2002) en Villar del Cobo; sobre Jabaloyas contábamos con un pequeño listado de palabras recogidas en esta localidad (2000). La Red ha permitido divulgar virtualmente diversos léxicos y recopilaciones locales como los de Susana García (2002) sobre Frías de Albarracín; o el de Emilia Tarín García (*Palabrario bezano*, 2009) sobre Bezas; otras páginas electrónicas ofrecen algunas relaciones de palabras locales (como una de Bronchales, 2003)

Hay que destacar el pequeño Archivo oral del Museo de la Trashumancia, de Guadalaviar, consistente en una serie de grabaciones llevadas a cabo en la Sierra sobre actividades tradicionales y vivencias en torno a ellas; y no solo pastoriles, ya que caben aquí desde el juego de la morra al oficio de los gancheros del Tajo. Este mismo museo editó un *cd* que recoge canciones, romances, jotas, mayos o relatos populares de la Sierra.

Además de estas recopilaciones, destacamos algunas anotaciones y comentarios ocasionales en la obra costumbrista del escritor del siglo XIX Manuel Polo y Peyrolón (1846-1918), más interesante por su valor etnológico que por el literario. Polo llegó a incluir en una de sus libros de cuentos (*Realidad poética de mis montañas. Cuadro de costumbres de la Sierra de Albarracín*, 1873) un breve vocabulario («Vocabulario para la inteligencia de los provincialismos, palabras anticuadas, familiares ó poco conocidas y frases oscuras contenidas en estos Cuadros»). Se trata, en realidad, de un glosario o listado de formas, algunas locales y otras entre dialectales y rústicas comunes a otras zonas (entre ellas *almenara*, *esmotar*, *gemiquear*, *llosa* o *maña*), aunque en ocasiones la precisión de sentido resulta de interés. Cabe también mencionar la novela corta *Escrito con luna blanca*, de J. C. Soriano (2000), en la que se utilizan ciertas formas propias del habla de la Sierra y del español de Aragón. No podemos olvidar en esta relación la auténtica poesía popular que representa la tradición oral de los *mayos*, que cantados o recitados se conservan aún en localidades como Guadalaviar y Albarracín y en la memoria de la

generación más adulta. Por último algunas obras de diversas materias ajenas a la filología se han preocupado por recoger términos tradicionales y locales; por ejemplo, ciertas notas de interés etnolingüístico aparecen en los trabajos geográficos de J. Vila Valentí (1952 y 1956) o en el de geología de O. Riba (1959). En cuanto a la toponimia apenas contamos con algunos apuntes debidos a T. Lafuente (1973) y a J. Vila y O. Riba; y notas dispersas en obras de carácter general (provincial o peninsular).

Una reflexión final a modo de conclusión

Las voces tradicionales y populares, como palabras que son, constituyen un bien inmaterial, porque aunque se recojan por escrito, como dice el refrán, acaba llevándose las el viento. Por otra parte, su hábitat más natural es el de la conversación espontánea y coloquial, el diálogo cotidiano y natural del hablante; y la conversación se construye en el momento en que hay una necesidad comunicativa y un intercambio verbal y se desvanece y desaparece al terminar el contacto lingüístico, de ahí la dificultad de registrar las palabras en su estado más puro, el de la conversación. Las palabras son seres vivos pero etéreos, criaturas que se forjan en el momento y desaparecen poco después.

Las voces, las palabras y todas las producciones verbales asociadas a ellas, se pierden, dejan de usarse como los objetos y las cosas que designan, y ello en parte debido al cambio de costumbres y formas de vida, la manera de entender la realidad y el mundo, por el contacto cada vez menos directo con el medio natural, por la influencia de la mecanización del trabajo en el campo, la tecnología, las nuevas formas de comunicación y las telecomunicaciones, la imposición, quizás, de una cultura cada vez más uniforme y de un pensamiento único, la terrible globalización; sea como fuere, las palabras más tradicionales y populares se pierden (salvo las recicladas como nombre propio de revista, asociación o establecimiento comercial) y nada podemos hacer por evitarlo; aunque ya de esta pérdida vienen alertando los dialectólogos desde los inicios del siglo pasado. Tan solo dejar constancia de su existencia a modo inventario y registro de las mismas, su estudio y análisis y su divulgación para que sean valoradas y apreciadas en su justa medida. De esta manera, y como nosotros mismo hemos constatado, se produce una tímida respuesta: considerar las palabras tradicionales como un bien cultural y patrimonial que hemos heredado de nuestros antepasados y son signos de identidad de la comunidad; forman parte del paisaje de la Sierra, como las cañadas o veredas, las *celadas*, los *borrocales* o ríos de piedra, la arquitectura popular o las manifestaciones de cultura popular más arraigadas. Y esa respuesta es ya en sí misma un logro en defensa de nuestro patrimonio.